

Ética evangélica y convivencia hoy

Diego Irarrazaval

Vale preguntarse hoy*: ¿cómo es la ética, la moral, del Evangelio? ¿Cómo son conjugadas ética y espiritualidad? La prioridad del amor ¿cambia la historia? La moral del creyente ¿es cumplir deberes? La espiritualidad del Evangelio ¿conlleva gozar la vida solidariamente? Ya que proliferan fantasías de lo bueno y malo, ya que en ambientes cristianos la moral ha sido encasillada en reglamentos, hoy conviene indagar a fondo cuestiones éticas en sintonía con el Evangelio de libertad y gozo.

Cuestiones previas.

Cuando se habla de moral y ética, casi nadie habla de algo divertido y placentero. Más bien suele haber discursos sobre leyes y pecados, sobre el deber ser y el deber hacer. También sobresale la constatación de la crisis moral en el mundo contemporáneo. Esto puede verse con lentes pequeños: ver por un lado cosas inmorales que hace la gente, y ver por otro lado los principios y las normas. Por mi parte, prefiero mirar el cuadro grande.

Hoy el gran drama ético es la in-solidaridad, que implica millones con hambre y enfermedad, el inmoral gasto en armamentos y las continuas guerras, el mundializado mercado totalitario, la corrupción y falta de transparencia personal y colectiva. También la crueldad a nivel horizontal, como el caso recién mencionado de la persona que le quitan sus terrenos.

Un caso ilustrativo. La mujer ha sido despojada de un terreno que sus padres le han dejado en herencia. Al hermano no lo ha denunciado al sistema policial y judicial. Eso deseaba hacer, pero ha recapacitado. Más bien, ella le aplica la justicia andina consuetudinaria. Le ha quitado el saludo, que en esta cultura, equivale a decir públicamente: él no existe, su injusticia es inaceptable. Mientras tanto ella sigue adelante, feliz de la vida; y él carga el peso de ser injusto.

Por este caso, y por lo que agobia a cada persona y al mundo entero, uno se pregunta: en medio de tantísimo dolor debido a la injusticia ¿cómo gozar la vida? La humanidad exige, a través de lúcidos portavoces, como es Jose Saramago: “el derecho a la felicidad”, que conlleva la necesidad de debatir las “miserias y esperanzas de la humanidad” (1). Con estas

preocupaciones vamos a re-examinar la ética, y en especial la ética que proviene del mensaje de Jesús, que hoy conlleva luchar contra la miseria y generar esperanza y alegría.

En esta dirección va avanzando la moral latinoamericana. Dos importantes pensadores la plantean así: “la opción efectiva por la liberación”, y “la respuesta gozosa al llamado divino y ... a la libertad en el amor” (2). Son aportes del entrañable maestro José Aldunate y del innovador Tony Mifsud, nos ponen en sintonía con nuevas melodías éticas.

1. Gozo espiritual y ético.

Ingresamos en un tema difícil. La ética cristiana ha sido ensuciada y oscurecida. En América Latina, sociedades (mal llamadas) cristianas son estructuralmente injustas y corruptas. En el plano personal, bastante gente joven (y adulta) ve la moral reducida a prohibiciones y leyes (particularmente en el terreno sexual). Esta problemática viene de la enseñana moral (neo-escolástica) impuesta desde el siglo 18 hasta el siglo 20 (3). La ‘salvación del alma’ ha sido algo privatizado (según el análisis hecho por Moser y Leers). Tal moral ni entusiasma a una persona sana, ni tiene que ver con el Evangelio.

Nos movemos pues en una temática poco amable; donde abundan los prejuicios y las vivencias negativas. La moral es malinterpretada como lo que “se debe hacer”, como norma y corrección externa, o bien, como simple asunto individual. Si la ética es cumplir deberes, uno se somete a un código objetivo. Si la moralidad se enmarca en sanciones y culpas, se tiende al subjetivismo. Por otra parte, las actuales pautas posmodernas ponen acento en la instantánea dicha del individuo. Se tiende pues al hedonismo; algo contrapuesto a la genuina felicidad del compartir y de la comunión. Por otro lado, se suele desconectar lo espiritual de lo ético; mi planteamiento es su conjugación y mutua interacción. Por lo tanto, nos movemos en un terreno controversial, lleno de trampas, y con vías falsas y con rutas positivas.

¿Existen alternativa? Ciertamente. No son soluciones mágicas de hoy. Más bien se trata de la tradición espiritual y moral inculcada por la Biblia, y enseñada por la Iglesia. El fundamento de la moral cristiana, como lo ha recordado Juan Pablo II, es la adhesión a la persona de Jesús, y no sólo “escuchar una enseñanza y cumplir un mandamiento” (Encíclica *Esplendor de la Verdad*, 1993, párrafo 19).

Con ojos críticos y emancipados nos acercamos a la moral bíblica. A lo largo de la historia del pueblo de Dios, se ha gozado la Alianza. Es evidente que lo central es la libertad para amar como lo ha establecido Dios en su Alianza con la humanidad. El Antiguo Testamento sólo en dos ocasiones anota la lista de diez mandamientos (Ex 20:1-17, Dt 5:6-12). Existen centenares de normas en el Pentateuco, en especial la Ley de Santidad (Lev 17 a 26, sobre el culto y diversas costumbres). Por otra parte, los mensajes de los Profetas, y las pautas en la literatura Sapiencial, nos convocan a ser felices, superando la maldad y el pecado social y personal. En cuanto a la época de Jesús, la Torah-Ley ha sido una temática controversial; era explicada, y no acatada personalmente, por los representantes de la ley.

En el Nuevo Testamento sobresale el único mandamiento de Jesús: amar. Por otra parte, Pablo recalca la trilogía de fe, amor, esperanza (1 Cor 13:13, Col 1:4-5, 1 Tes 1:3), y enumera virtudes (ver Gal 5:16-23, Col 3:5-14, Ef 4:1-3, 22-32). Al sopesar la práctica de Jesús, vemos que el trasfondo de la moral es no un factor legal sino más bien el anuncio del Reinado de Dios. De ahí emerge la convocatoria moral de Jesús, y su enseñanza sobre el amor. No es pues un código, ni una doctrina moral. Más bien, lo ético es la acción humana de acuerdo con el Evangelio; vale decir, ponemos acento en nuestras responsabilidades a favor de la vida.

¿Con qué ojos uno ve mejor estas realidades? Hay muchos puntos de vista. Si se da preferencia a la mirada del pobre, entonces la reflexión concuerda con el paradigma bíblico de la Alianza de Dios con su pueblo pobre. Esto caracteriza la nueva ética latinoamericana. Como la ha explicado Francisco Moreno: “mirar la realidad desde el lugar y con los ojos del pobre, asumir los intereses históricos de la inmensa mayoría pobre, e intentar responder a las exigencias de un Dios que ha revelado su amor preferente a los pobres” (4). Es pues una mirada humana concreta desde el pobre, y una mirada teológica desde el Dios que así ama y salva a la humanidad. Dos miradas y opciones entretejidas.

Gracias a dicha doble opción, salen a luz inmensas problemáticas de hoy. Los factores globales y factores locales (en mutua interpenetración) muestran una generalizada devaluación de las instituciones modernas. Muchísima gente no confía en los demás, ni en procesos colectivos. Se acentúa la privatización de la existencia, se exalta el placer inmediato, se fragmentan los vínculos humanos, y no hay cabida a macro-alternativas (debido a la despolitización, y a la resignación ante la economía mundial que determina cada detalle del acontecer humano y ¡hasta lo religioso!).

En la existencia personal aumenta la depresión. A mayores índices de desarrollo corresponde mayor uso de medicamentos anti-depresivos. Sobresale la paradoja de sociedades orientadas al placer, pero que de hecho fabrican seres humanos deprimidos y adoloridos. Desde un punto de vista psicoanalítico, Kathya Araujo muestra que es ficticio el goce prometido por la globalización. En contraposición a ello, Araujo plantea la ética que “reconoce la dimensión de lo irreductible como fundante de todo orden humano” (5). Como ella anota, la depresión va de la mano con el goce narcisista que caracteriza la sociedad contemporánea.

En el terreno espiritual y religioso también hay grandes señales. Por una parte, crecen y se afianzan modos pentecostales de ser cristiano. Esto tiene muchas motivaciones, como lo comunitario en un mundo fragmentado y sin sentido, y como el acceso directo a la presencia de Dios, y muchos otros elementos. Aquí deseo resaltar el entusiasmo y la jovialidad de la fe pentecostal. Esto contrasta con formas cristianas muy racionalizadas y con poca expresión corporal y afectiva. Más bien hoy, de muchas maneras, la humanidad desea gozar la fe; y lo logra.

Por otra parte, superando el sectarismo y la competitividad entre religiones, de muchas maneras la gente va entrelazando tipos distintos de religiosidad, y se avanza en las relaciones entre mundos simbólicos. Hoy importa menos la afiliación a una estructura religiosa; y hoy se fortalecen las búsquedas y vivencias espirituales. A esto se le está llamando: macro-ecumenismo, no por sus términos religiosos, sino por su pluralista afirmación de la vida plena (que no tiene límites confesionales).

Otro magnífico signo de nuestros tiempos es la justicia de género, la gestación de relaciones equitativas entre varón y mujer, y las nuevas redes sociales con perspectiva de género. Los parámetros patriarcales han oprimido tanto a la mujer (reduciéndola a objeto de placer) como al varón (reduciéndose a ser agresor de la otra y del otro). Gracias a la movilización de la mujer, y a la perspectiva de género, hoy se replantea todo el comportamiento humano, a fin de lograr una justa reciprocidad entre lo masculino y lo femenino.

También crece, en mil maneras, la confrontación con el totalitarismo económico, que intenta determinar cada dimensión de la existencia y de la espiritualidad. No nos agrada que la persona sea medida por lo que consume y produce en términos cuantitativos. Nos disgusta que la sociedad sea regida no por representantes políticos (que pasan a tener un rol

decorativo) sino por conglomerados financieros y empresas de comunicación a nivel multinacional. Nos indigna que lo espiritual sea objeto de compra y venta a fin de que el individuo 'se sienta bien'; además, el marketing penetra y desfigura nuestras instituciones cristianas. Estas reglas de juego son toleradas y asimiladas por alguna gente. Pero también hay bastante protesta, y muchos tejidos sociales y espirituales con energías alternativas. Muchos nos desligamos del mercado totalitario, y positivamente nos asociamos a fin de valorar la condición humana, estar en armonía con la naturaleza, y disfrutar la comunión con Dios.

Voy a comentar dos rasgos en la vivencia cotidiana de multitudes en nuestro continente. Un primer rasgo. En medio de incontables carencias y frustraciones, la gente común sabe gozar con escasos recursos y con bastante creatividad. En los sectores populares abundan las celebraciones. Llama la atención como durante largo tiempo se ha inculcado un mensaje cristiano 'dolorista'; a pesar de ello, la gente creyente camina con un Dios y con muchos Santos que levantan el ánimo y son motivos para hacer fiestas. Tenemos pues esta capacidad espiritual y ética para estar alegres.

Un segundo rasgo ético de la gente común es (para sí mismos y para los demás) desear y contribuir al 'estar-bien'. En algunas regiones es un saludo común: que estes bien. Aún mas importante son las actitudes de desear lo amable y bueno, en medio de la competencia y desconfianza mutua sembrada por el orden social vigente. Este contexto en parte explica la agresión existente en el seno del pueblo. Como esto conlleva inmensos sufrimientos, parece que toda la realidad fuera violenta. Pero si uno está atento a los hechos cotidianos y masivos, la gente común desea y logra bien-estar para sí y para otros y otras. Esto nos permite redescubrir el gozo en el Espíritu. En la vida de cada día, y en los detalles de compartir con el prójimo, de contribuir a la vida familiar y del vecindario, de compañerismo laboral, del progreso colectivo, y tanto más donde nos encontramos caminando con el Espíritu de Jesús.

Paso ahora a enseñanzas dadas por pueblos originarios. Al respecto no se pueden olvidar ni minimizar las discriminaciones milenarias. En forma brutal o de modo paternalista se les ha clasificado como sectores carentes de desarrollo humano (¡y casi salvajes!). Pues bien, en áreas andinas y amazónicas uno encuentra una fantástica habilidad para ser felices. No de modo privatizado y puntual, sino como vivencia comunitaria y de larga duración. Al respecto abundan los hechos de vida y los testimonios. Comienzo con algo que me ocurre en el mundo aymara. Cuando durante semanas o meses no hay otra persona en la casa, el

vecindario se alarma e insiste que alguien me acompañe. Cuando se dialoga con gente andina y amazónica, salen a luz sus principios morales. El valor supremo es el 'allin kawsay' (buen vivir, en idioma quechua), el 'misk'i kawsay' (dulce vivir, en quechua), el 'k'uchi jakañ utjayasiña' (criar la vida con alegría, en idioma aymara). (6) Estos dialogos incluyen los acontecimientos dolorosos, el drama de sobrevivir, los abusos por parte de los pudientes, el sin sentido de esfuerzos que quedan trancos. Pero lo que sobresale son los oasis de felicidad compartida.

En medio de situaciones claro-oscuras del cambio de época, apostamos a disfrutar el porvenir. Es una apuesta que brota desde lo hondo de nuestros cuerpos, desde el misterio de la tierra. Y, gracias a la fe cristiana, apostamos a la felicidad porque a ello nos convoca el Espíritu de Dios. Como dice el apóstol Pablo, fruto del Espíritu de Cristo es “amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad...” (Gal 5:22).

2) Jesús nos convoca a ser libres.

El mensaje de Jesús no es un reglamento. Sí Él nos interpela a la bondad, la misericordia, la justicia. Son valores que forman parte de la *Basileia* (Reinado del Dios Amor). Puede decirse que la ética del Evangelio es la radicalidad de amar con libertad. Así tiene que ser el trato entre quienes nos queremos, y también en las circunstancias de enemistad. Vale subrayarlo: el mensaje de Jesús no consiste en una serie de leyes para ser buen cristiano. Más bien nos llama a cambiar de vida, y a un comportamiento radicalmente amoroso, feliz, libre, coherente.

Me preocupa que ciertos esquemas morales atosigan al cristiano con prohibiciones y culpabilidades. Cabe pues subrayar la libertad de amar. También me motiva la renovación dentro de la iglesia atenta al mundo de hoy. Ella nos hace ver la “libertad que nuestros contemporáneos ensalzan con entusiasmo y no sin razón” (Vaticano II, GS 17). Esta sensibilidad contemporánea es apreciada por la Iglesia Latinoamericana y sus modos de evangelizar y de pensar la fe.

El Maestro de Nazaret no se dedicó a difundir normas, como lo hacían escribas y fariseos. En cuanto a un rol social y religioso ¿qué ha sido Jesús? Ha sido una persona carismática, con un actuar escatológico. Ha sido “un predicador y sanador itinerante”, como dice G. Vermes (7). Otro asunto crucial es que en aquella época los maestros de la Ley difundían 613 preceptos. Era un bosque de normas, donde el fiel se perdía... como en cualquier colección de normas legales. Es evidente que el Galileo no se

dedicó a esos preceptos. Más bien, ha convocado a la libertad y al gozo; lo ha hecho con el tono de urgencia que corresponde a un *'kairós'*, a un tiempo de salvación.

El Galileo ha sido considerado *'rabino'*. Es la denominación dada a Jesús en numerosos relatos evangélicos (Mt 26:25,49; Mc 9:5, 10:51, 11:21, 14:45; Jn 1:38,49, 3:2, 4:31, 6:25, 9:2, 11:8, 20:16). Tenía pues un comportamiento algo similar a un maestro y escriba. Después de la muerte del Señor, las personas que enseñaban pasaron a ser llamados *'rabinos'*. Pero éste no es el modo como Jesús se llamaba a sí mismo; más bien es una manera como le trataban otras personas. Por otra parte, muchos escribas eran fariseos. Tampoco con los fariseos se identifica Jesús. En su tierra de Galilea, en aquel tiempo, probablemente había escasos fariseos.

Más bien, Jesús asume la identidad de Hijo del Hombre y de Profeta. Esto conllevaba enseñar a sus contemporáneos de un modo distinto a los escribas de su época. El mensaje del Galileo tenía como enfoque principal la *Basileia* de Dios. Es una realidad gozosa, urgente, gratuita, que suscita un comportamiento humano con tales características.

El lenguaje de Jesús no es aletargado ni complaciente. Es incisivo y urgentemente escatológico: “el tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios esta cerca. Conviértanse, y crean en la Buena Nueva” (Mc 1:15). De este modo el relato de Marcos resume la convocatoria de Jesús.

En el *'discurso escatológico'* sobresale el llamado a estar atentos y a mirar lo que llega (Mc 13:5,9,23,33); y a estar vigilando, despiertos, y dispuestos a responder a la irrupción del Reinado (Mc 13:33,35,37). En este mismo sentido es presentada la parábola de las 10 vírgenes (Mt 25:1-13; y la otra escena de esperar al dueño de casa: Lc 12:35-40). Se insiste en estar vigilantes y dispuestos a recibir algo sorprendente (Mt 25:10, Lc 12:36,40). La urgencia y la expectativa nos preparan para recibir una grata y feliz noticia. Por lo tanto, la urgente llamada y la correspondiente respuesta van de la mano con la alegría.

Además, el llamado a ser libres es universal y gratuito. Jesús convoca a sus contemporáneos (sin restricciones, ni exclusiones) a ser libres, debido a la llegada del Reino de Dios. Nadie puede presentar méritos económicos o culturales para ingresar a la *Basileia*; ni se piden credenciales de buena conducta religiosa. Lo que pasa es que llega el gratuito Reino de Dios. Llega la salvación en forma absolutamente gratuita;

porque así es el Amor de Dios. Es decir, es pura iniciativa divina, y de ello da testimonio Jesús. En su persona ha llegado la Buena Nueva.

Además, la gratuidad esta conectada con la opción por los últimos. No es posible ponerse en los primeros puestos ni presentar certificado de piadoso cumplidor la ley. No es algo adquirido; simplemente es un regalo. Esto es recalado en las parábolas del banquete del Reino (Mt 22:2-10, Lc 14:16-24). La gente es gratuitamente invitada a la fiesta. No vale el status social ni la condición religiosa. Sí vale la predilección divina por el pobre.

Es decir, la gratuidad se desdobra en la opción por la gente marginada. En la fiesta son incorporados los que estan en los cruces de los caminos (Mt 22:9), los pobres, lisiados, cojos, ciegos, y los que estan en los caminos y cercas (Lc 14:21,23). Siendo el Amor gratuito, éste favorece al más dispuesto hacia lo gratuito: el pueblo maltratado y sufriente. Esto ciertamente es motivo de inmenso gozo para quienes reciben el Don; en especial para quienes no lo esperaban, dada su postergación social.

Por último, el llamado hecho por Jesús es una invitación a la conversión y la fe. Éste cambio de vida se desenvuelve en la vida cotidiana, y de modo especial, en el discipulado. ¿Tiene todo esto un carácter gozoso? Al respecto es bueno comparar al Bautista con Jesús. Juan pone acento en arrepentimientos y penitencias; mientras que la obra de Jesús claramente se inclina hacia la alegría y libertad.

3) Del deber al placer.

En lo que muchos llaman 'la moral occidental y cristiana' se ha contrapuesto el deber y el placer. En términos generales, la ley ha sido separada del amor. Son asuntos polémicos que merecen ser replanteados, y vale hacerlo a la luz de la ética que suscita el Evangelio.

Ahora bien, las distintas maneras de pensar y llevar a cabo la moral a menudo usan un lenguaje cristiano. No basta con usar el nombre de Dios, ni con argumentar desde unos principios religiosos. Mucho planteamiento moral ha desfigurado y traicionado el Evangelio. Por eso, ante cualquier sistema ético vale examinar su continuidad, o bien su discontinuidad, con respecto a la propuesta ética del Evangelio. Esto nos hace mirar con ojo crítico las distintas formas de acción y escalas de valores que hoy desarrollamos los creyentes.

En regiones del 'occidente cristiano', desde el siglo 14 predomina una moral de la ley que se acata con obediencia. Lo importante es cumplir con el deber; y, a ello se contraponen una ética del placer (8). En los siglos 18 y 19 se ha afianzado la actitud de medir el comportamiento según normas objetivas. La obediencia asegura la salvación; y esto ha generado "culpabilidad (el cumplimiento del deber ser como referente de auto-estima religiosa) y de una perspectiva normativa-legalista" (9). Esto ha sido inculcado desde instancias oficiales. En cuanto a la población creyente, su sentido de fe y su opción por el amor le ha permitido relativizar y superar tales esquemas legalistas y culpabilizadores.

No cabe duda que la estrategia de bienestar es lo que caracteriza a la modernidad y posmodernidad. El acento es puesto en los deseos y derechos de cada individuo; y, en un segundo plano quedan las responsabilidades hacia otras personas. Esta postura a veces conduce al hedonismo superficial. Existen otras posturas éticas. En América Latina la modernidad no elimina la moral tradicional en el ámbito familiar y otras relaciones humanas. Por otra parte, se constata la resignación hacia el orden social; y, diversos grados de complicidad con la inmoralidad pública.

Lamentablemente, una gran parte de lo formalmente considerado cristiano-occidental ha asumido rasgos dualistas. Ha sido exaltado lo espiritual, y ha sido condenado lo corporal y terrenal. Se ha considerado negativo lo que existe en el mundo, y en especial el cuerpo humano en su relación con otras personas. Bastante gente cristiana ha descartado el placer. No formaría parte de la fe en el Dios creador. Esto ha sido un error inmenso. Ya sea debido a lo estoico, o al hedonismo epicúreo, y sobretodo por causa de los dualismos, muchas personas cristianas se han deshumanizado.

Sin embargo, hubo esfuerzos para reconocer el valor del placer. En este sentido, resalta la obra de Tomás de Aquino. Tomando en cuenta posturas negativas con respecto al cuerpo, al juego y al placer, el gran pensador medieval tiene que argumentar a favor de estas realidades humanas y espirituales (10). Como es su estilo de argumentación, Tomás comienza haciendo una pregunta: 'si los juegos pueden ser objetos de virtud'. Su reflexión es que "dichos o hechos en que se busca el placer del espíritu se denominan juegos y fiestas y es preciso usarlas para el descanso del alma". Así es afirmada la unión del alma al cuerpo, y es valorizado el placer de jugar y festejar. Lamentablemente lo corporal está subordinado al 'alma'; lo que refleja una deficiente antropología. Hoy vemos al ser humano de modo más holístico.

En el contexto moderno, Albert Plé postula la moral de la alegría y del placer (11). Hay tres tipos de bienes, según los pensadores griegos y luego los escolásticos cristianos. Lo útil, que es deseado en vista de otra cosa; lo agradable, deseado por la satisfacción que da; y lo bello, que es la realidad deseada por lo que ella es. Plé plantea un más allá del placer. Es como una ley humana, ya que se abre hacia el otro y el Otro. Plé resume la moral como reciprocidad en el placer. Dios ¡con placer! envía la Buena Nueva; y quien es seguidor de Cristo, en todo trata de agradar a Dios.

Esto permite plantear bien la moral del placer. Puede decirse que la *Basileia* de Jesús conlleva la plenitud de placer. Lo más importante es celebrar el Reinado de Dios, y todo viene a continuación. “Busquen primero su Reino y su justicia, y todas las cosas se les dará por añadidura” (Mt 6:33). El Maestro no llama a grandes penitencias ni a la auto represión. Más bien nos convoca al amable Reino con sus deliciosas añadiduras.

No quiero ser malentendido. Retomamos la propuesta del Evangelio de Jesús. Ha sido un apasionado del Reino. Puede decirse que su moral del *ágape* no concuerda con la apatía estoica ni con el hedonismo. Disfrutar la vida no significa concentrarse en ciertos elementos materiales. Se trata exactamente de gozar la vida; y de no ser apabullado por cosas. Lo que está en juego es la justicia y amor del Reino, que conlleva alegría.

Como cualquier persona puede quedarse atascada en bienes que están más a la mano, es importante reafirmar una escala de valores. Lo primordial es el amor a Dios y al prójimo; y toda la ética se deriva de eso. Es decir, la justa y amable relacionalidad; y no la idolatría de objetos.

Al respecto, el apóstol Pablo advierte: “el Reino de Dios no es comida y bebida, sino justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo” (Rom 14:17). El Reino no tiene como sinónimos unos objetos; más bien se trata de una vida concreta y plenamente espiritual. Se trata de relaciones de justicia y gozo. Es decir, la enseñanza de Pablo no tiene que ser tomada de manera dualista. Afirmar el gozo en el Espíritu no es negar el placer humano. Vale subrayar que el Reinado de Dios y el gozo en el Espíritu en nada menoscaban lo humano. Por lo tanto, la vivencia evangélica constituye la base de una ética del placer responsable.

4) Un ‘estar-bien’ solidariamente.

Dios nos llama a vivir con libertad y con la alegría que le acompaña. El llamado es, no a algo fácil que se cumple y uno queda auto-justificado, sino a ponernos en las manos de la bondad de Dios y actuar cada día según esta realidad trascendente.

¿Qué significa en términos éticos? T. Mifsud lo explica (12) con gran claridad: “la auto-complacencia por haber cumplido con el propio esfuerzo el deber ético... prescinde de la necesidad de una Presencia salvadora... La ética cristiana no es una manera de pasarle la cuenta a Dios, sino una expresión de la auténtica conversión, que reconoce el protagonismo de Dios (la gracia) en la propia vida... No es una ética del deber ser, sino una ética de la gratuidad gozosa”. En términos espirituales, puede decirse que somos convocados a la aventura de la gracia que nos hace libres para amar y ser alegres en el seno del misterio de Dios.

La comunidad discípula de Jesús ha ido sopesando y desarrollando el mensaje ético. Ha descubierto que tiene una Nueva Ley. Se trata de la fe (Rom 3:27), de la gracia (Rom 6:15), del Espíritu (Rom 8:2), de la libertad (Sant 1:25, 2:12). A todo esto ¿cabe llamarle ley? Los textos bíblicos hacen una demarcación entre el tiempo antes y después de Cristo. Ahora hay algo nuevo; y esto es llamado, de modo paradójico, la ley de libertad.

Aquí cabe preguntar ¿se trata de una legislación, o de un proceso de salvación? En el mundo moderno, muchos sienten que la ley limita y reprime; y que ser libre es hacer lo que a uno le da la gana. En estos contextos, es maravillosa la expresión ‘ley de libertad’. Ésta no recorta ni cancela la responsabilidad humana. Más bien, la fórmula “ley de libertad” nos ubica en medio del acontecimiento de Cristo.

La condición de quienes han sido liberados por Cristo es como tener una nueva ley. Aquí está el meollo de la ética de salvación. No es pues la ley la que libera, sino que la gracia de Jesucristo nos libera (Gal 5:1). Por eso a Él es dirigida la más cálida acción de gracias. La Iglesia agradece a Cristo, quien nos libera, para que de verdad seamos libres en el Espíritu. Por todo esto, de corazón damos las gracias.

Al revisar el material bíblico se anotó la convocación a la libertad hecha mediante discursos directos, como el de la sinagoga de Nazaret (Lc 4:16-30), y mediante afirmaciones de carácter paradójico. Tal convocatoria también es hecha mediante fórmulas poéticas e imaginativas, como son las parábolas.

Varias parábolas muestran la buena (gozosa) noticia del Reino de Dios mediante el símbolo del banquete (Mt 22:1-14, Lc 14:16-24). En el Reino de los cielos hay una fiesta (Mt 8:11). Aunque no haya detalles de la fiesta, sí se habla de una celebración (y no de una solemne ceremonia). ¡Nadie está aburrido ni bostezando! Otro lenguaje parabólico es que el Reino es como encontrar un tesoro (Mt 13:44). Quien lo encuentra, salta de júbilo, y vende todo, a fin de comprar el terreno donde está el tesoro.

También tenemos otros bellos relatos éticos con respecto a la alegría y misericordia de Dios. Es el caso del ganadero con 100 ovejas, que pierde una oveja (Lc 15:4-7). Al encontrarla se regocija (15:5), llama al vecindario para que se alegren (15:6). El cielo (15:7, es decir, Dios mismo) se llena de alegría por un solo pecador que se arrepiente.

Algo similar encontramos en la parábola del dinero (la dracma) que se ha perdido (Lc 15:8-10). La mujer que lo encuentra se regocija con su vecindario y amistades (15:9). Los ángeles de Dios están felices, vale decir Dios mismo goza (15:10), debido a la conversión de un pecador. Otra vez, la misericordia hacia el pecador está rodeada de alegría.

También es así en la historia del Padre de Misericordia y el Hijo Pródigo (Lc 15:11-32). El relato insiste en la fiesta y la alegría (15:20, 23, 24, 25, 29, 32). Hay música, excelente comida, perdón y misericordia; en fin: puro gozo, compartido entre los participantes.

Por lo tanto, en los imaginarios de las parábolas abunda (¡sobreabunda!) la misericordia. Lo indican insistentemente las historias de el cuidante de ovejas, la mujer con la dracma, el padre con su hijo pródigo. En este caso sobresale el ser misericordioso. Cuando el pecador se arrepiente, es liberado del pecado, y es aceptado por Dios (como es recalado en Lc 15:7, 10, 32).

Es decir, el gozo es un don recibido; no porque uno tenga méritos o porque haya cumplido con una serie de requisitos. Es además un don universal, sin barreras ni fronteras. Vale para gente que no está inscrita en tal o cual iglesia o religión. Como ha señalado Pablo VI: “hombres y mujeres simplemente disponibles a una cierta luz interior, pueden en nuestros días experimentar la alegría de Dios” (13). Así como Dios desea que toda la humanidad sea salvada, así también infunde en toda persona su regalo de la alegría. Puede decirse que dentro y fuera de los ambientes cristianos, la gente experimenta un ‘gozar en Dios’.

En conclusión, Dios mediante Jesucristo salva e inculca libertad para ser felices solidariamente. Cada persona y todo pueblo es convocado a ser libre y responsable. No se trata del capricho de hacer cualquier cosa. Sí se trata de la libertad para estar-bien y compartirla con los demás, sin barreras ni mezquindades.

En este sentido, la comunidad creyente alaba a Dios y se convierte al Evangelio. Se camina sin atadura a deberes y sin ego-justificaciones. Se camina sin culpa, sino más bien en la gracia trascendente. La ética puede ser descrita como un placer responsable.

NOTAS:

*Este texto es un respaldo para conversatorios con temáticas de moral y del Evangelio, en que voy retomando secciones de mi *Gozar la Etica* (Buenos Aires: San Pablo, 2005).

1. José Saramago, “Este mundo de la injusticia”, mensaje al Foro Social Mundial del 2002, en Varios Autores, *Porto Alegre, Globalizar la Esperanza, Santiago: Editorial Aun creemos en los sueños, 2002, 20.*
2. José Aldunate, “Una moral de la liberación”, *Reflexión y Liberación*, I/2 (1989), 41: “lo específico... es que la moral nace de una praxis, y esta praxis es la opción efectiva por la liberación del pobre... solo el que se juega en la acción tendrá acceso al conocimiento que caracteriza esta moral de la liberación”. Tony Mifsud, *Una fe comprometida con la vida, espiritualidad y ética, hoy*, Santiago: San Pablo, 2002, 45: “la ética como respuesta gozosa al llamado divino, como gesto de libertad en el amor, como expresión sencilla de la caridad”.
3. Ver Antonio Moser y Bernardino Leers, *Teología Moral*, Madrid: Paulinas, 1987, 35-39, con su crítica a la moral dualista, legalista, privatizada.
4. Francisco Moreno, “Moral fundamental en la teología de liberación”, VV.AA., *Mysterium Liberationis*, Madrid: Trotta, 1990, 281.
5. Kathya Araujo, “El goce de la globalización”, en Carlos Iván Degregori y Gonzalo Portocarrero (eds.), *Cultura y globalización*, Lima: Red para el desarrollo de las ciencias sociales en el Perú, 1999, 303.
6. Testimonios recogidos por organismos agrupados en PRATEC, *Allin Kawsay, concepciones de bienestar en el mundo andino amazónico*, Lima: PRATEC, 2001, 19 y 103.

7. Geza Vermes, *Jesús and the world of Judaism*, Philadelphia: Fortress Press, 1984, 31-32.
8. Me motivan las reflexiones de: Albert Plé, *Par devoir ou par plaisir*, Paris: Cerf, 1980, en especial pgs. 185-186, 199 ss, 246; Bernard Haring, *The Law of Christ*, Westminster: Newman Press, 1961 (con su sección sobre libertad como base de la moral, 99-119, y la libertad en Cristo, 267-286). Conviene revisar el impacto de actitudes estoicas y epicureas en el cristianismo naciente; ver Hans Josef Klauck, *The religious context of early Christianity*, Edinburgh: T & T Clark, 2000, capítulo V. Buena parte de la reflexión contemporánea ha tomado distancia del legalismo y replanteado la ética evangélica, que incluye el disfrutar la vida. Ver: Enrique Dussel, *Ética comunitaria*, Madrid: Paulinas, 1986; Marciano Vidal (ed.), *Conceptos fundamentales de ética teológica*, Madrid: Trotta, 1992; Marciano Vidal, *Nueva moral fundamental: el lugar teológico de la ética*, Bilbao: Desclée, 2000.
9. Tony Mifsud, *Una fe comprometida con la vida, espiritualidad y ética hoy*, Santiago: San Pablo, 2002, pg. 42.
10. Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, 2-2 q 168: “De la modestia en los movimientos externos del cuerpo”, artículo 2: “si los juegos pueden ser objetos de virtud”. En su argumentación predomina la necesidad del ‘reposo’ del cuerpo y del alma. El placer es así entendido y ordenado a la distracción espiritual y al descanso.
11. Albert Plé, *Par devoir ou par plaisir*, Paris: Cerf, 1980, pgs. 185 a 246.
12. T. Mifsud, *obra citada*, 58-60.
13. Pablo VI, *Gaudete in Domino*, 1975, cap. I; dice: “hombres y mujeres simplemente disponibles a una cierta luz interior, pudieron, antes de la venida de Cristo, y pueden en nuestros días, experimentar de alguna manera la alegría de Dios”. Es pues debido a una luz interior (y no por cumplimiento de ‘deberes’) que la gente común y corriente entra en sintonía con Dios que es absoluta Amabilidad y Misericordia. Casi cuarenta años más adelante, el 2013, Francisco en su Exhortación Apostólica ‘La alegría del Evangelio’ (*Evangelii Gaudium*) contribuye a continuar poniendo en práctica con alegría la ética social y eclesial de la misericordia.